

ABELARDO Y ELOISA

de
Ronald Millar

TEATRO PABLO TOBON URIBE
JULIO 6, 7, 8, 9, 10 Y 11 DE 1987
HORA 8 PM

ACTORES: PROFESORES Y ESTUDIANTES DEL PROGRAMA
DE TEATRO, FACULTAD DE ARTES,
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
PRESENTAN: ABELARDO Y ELOISA, DE RONALD MILLAR
TRADUCTOR DEL TEXTO Y DIRECTOR: MARIO YEPES

Abelardo, el más grande pensador cristiano del siglo XII, es tal figura de excepción, y queda en la historia de Occidente como el gran dialéctico que fue, por haber escogido ser en su época un signo de contradicción a la ideología dominante. No fue el primero en plantear la cuestión central de la Razón, no sólo como mayor que la Fe sino, más allá, la Razón como necesaria para la Fé. Pero si antes que él, entre muchos, ya habían predicado esa doctrina Orígenes en el siglo III, o Berengario de Tours en el XI, Abelardo es el primero que se enfrenta de manera decidida, con el arma de la dialéctica, a dos grandes poderes: a quienes predicaban la infalibilidad de la Revelación y de la exégesis obligada de los textos y de los dogmas por las Autoridades: los Santos Padres del pasado y los Maestros consagrados del presente; y su impavidez ante el poder que representaban otros "Maestros, bastante más asociados con la "Autoridad" de las armas y con la fuerza del brazo secular. Si entre los primeros enfrenta a Anselmo de Laon, a Guillermo de Champeaux ó al lejano San Jerónimo, entre los segundos se las verá con Alberico de Rheims, con (San I) Bernardo de Clairvaux ó con los sucesivos Abades de Saint Denis: Adán y Suger, poderosos cazadores de herejes los primeros y verdaderos príncipes de hierro de la Iglesia los segundos. Pero no es todo: en el terreno de la moral escribe una "Ética" que merecería ser considerada por la Iglesia de nuestros días como un código más contemporáneo.

Esta obra, en fin, relata uno de los momentos más notables en la historia de la intolerancia. Válida para nuevos tiempos de intolerancia y de quema de herejes, de brujas y de libros.

FRANCOIS VILLON: (1431-1465 ?)

BALADA DE LAS DAMAS DE ANTAÑO

Decidme dónde, en qué país,
está Flora, la bella romana;
Archipiada y Thais,
que era prima hermana suya;
Eco, que habla cuando se le lleva ruido
sobre ríos o estanques,
que tuvo una belleza más que humana.
Pero, dónde están las nieves de antaño?

*Dónde está la muy discreta Eloïsa,
por quien fue castrado, y, luego, monje
en San Dionisio, Pedro Abelardo?:
por su amor tuvo esta pena.*

Del mismo modo, dónde está la reina
que ordenó que Buridán
fuera arrojado en un saco al Sena?
Pero, dónde están las nieves de antaño?

La reina Blanca, como flor de lis,
que cantaba con voz de sirena,
Berta la del gran pie, Beatriz, Alys,
Harenburgis, que tuvo el Maine,
y Juana, la buena lorenese,
a quien los ingleses quemaron en Rouen;
dónde están, Virgen soberana?
Pero, dónde están las nieves de antaño?

Príncipe, no preguntéis esta semana
dónde están, ni este año,
sin que os lleve a este refrán:
pero, dónde están las nieves de antaño?

(Traducción de Carlos Alvar. Editorial Oveja Negra).

Abelardo y Eloisa

Nota escrita por el autor de la obra, Ronald Millar, para el programa del estreno en Londres en 1970. En esa ocasión, la obra fue representada más de 700 veces. La historia de ABELARDO Y ELOISA tiene 800 años.

Abelardo, el más célebre intelectual de su época en Europa, ha hecho votos de castidad y se ha mantenido célibe durante toda su vida. Maestro de las Escuelas de París a los 37 años, con una reputación comparable a la de Swift, se encuentra con Eloisa, joven de 17 años, educada en un convento, sobrina de un viejo canónigo de Notre Dame. Confiado en la castidad de Abelardo, el viejo Fulberto lo invita a convertirse en el tutor de su sobrina y a vivir bajo su techo. Las ocasiones no faltan, y en la tranquila casa de la Rue des Chantres, ambos han de beber de la copa que resultará más fatal que el filtro amoroso de Tristán e Isolda.

Así comienza, enmarcada en la tapicería de hechos violentos de la Francia del siglo XII, una de las más grandes historias de amor, cuyo tema es el eterno del conflicto entre carne y espíritu.

Abelardo (1079-1142) era el hijo del Señor de Le Palais, en Bretaña. Brillante, ambicioso, en una época en la cual la Iglesia era tan poderosa que un hombre no podía progresar por fuera de ella, se convirtió en clérigo tonsurado y, después de derrotar a sus rivales, en la figura más importante de la gran Escuela dependiente de Notre Dame. Su ingenio y buen humor, su personal magnetismo, tanto como sus ideas revolucionarias sobre la enseñanza, le atrajeron la juventud de toda Europa; así, se convierte en el fundador de la que fue virtualmente la primera Universidad.

Un hombre consagrado de manera entusiasta a la búsqueda de la verdad, intelectualmente egocéntrico, impetuoso, intransigente, Abelardo estimuló a los jóvenes, eclipsó a sus contemporáneos e irritó a sus mayores, particularmente a Bernardo de Clairvaux, no sólo por lo que decía sino por lo que escribió.

Ninguna otra obra del siglo XII nos da, como la de Abelardo, una imagen tan clara del interés por una vasta gama de problemas filosóficos y religiosos o de la actitud crítica frente a los estudios del pasado y del presente que caracterizaron el período. También es Abelardo, todavía, un símbolo viviente del nuevo y poderoso papel que jugaría en la sociedad el docente profesional.

Su carrera es asumida como imperativo moral que predica que el saber, a diferencia del rango o de los bienes de fortuna, no es una propiedad privada o un privilegio, sino tesoro público de inmediata y constante circulación.

Pero desde el momento de su encuentro con Eloísa, ella se convierte en la pasión dominante de su vida; esta obra trata principalmente de ese amor del uno por el otro.

El carácter de Eloísa no es menos notable que el de Abelardo. Si ella le iguala en el saber, en cambio le supera por su naturaleza noble y generosa. Preocupada siempre por el futuro y por la reputación de Abelardo, nunca por la suya propia, y en una época en la cual las mujeres eran algo así como bienes muebles (es la era de las Cruzadas y del cinturón de castidad), la franca posición abierta de Eloísa sobre el amor y el matrimonio es simplemente desconcertante. Pareciera que ella pertenece más a nuestra época que a la Francia del medioevo.

En la escena final de la obra, Eloísa dice de él: "Maestro, Físósofo, Hombre de Dios, cuando quiera que los hombres hablen de gigantes, recordarán a Abelardo". Pero él responde: "Si soy recordado será solamente porque fui amado por Eloísa". Y es verdad. Si esta historia es intemporal, no es debido al intelecto de Abelardo sino al corazón de Eloísa.

Abelardo murió el 21 de abril de 1142 y fue sepultado en la Abadía del Paráclito que él mismo había fundado. Cuando Eloísa muere, 22 años después, es sepultada también allí, pero no en la misma tumba. Allí quedaron durante 650 años. En 1814, por orden del gobierno de entonces, sus restos fueron llevados al cementerio de Pere Lachaise en París, donde descansan los más nobles hijos de Francia. Allí sus cenizas fueron mezcladas y enterradas bajo una lápida con las palabras: "Abelardo: Eloísa. Juntos para siempre". Allí se encuentran hasta el día de hoy.

RONALD MILLAR

Carta de Eloisa a Pedro Abelardo

Traducción: Carmen Riera

Convento de Paraclet, Champagne.

A su señor, o mejor, su padre;
a su esposo, o mejor, su hermano;
su servidora, o mejor su hija;
su esposa, o mejor su hermana;
a Abelardo.
Heloisa

Mi bienamado, el azar acaba de hacer pasar entre mis manos la carta de consuelo que escribiste a un amigo. Reconocí enseguida, por la letra, que era tuya. Me lancé sobre ella y la devoré con todo el ardor de mi ternura: puesto que he perdido la presencia corporal de aquel que la había escrito, al menos las palabras reanimarían un poco su imagen, en mí.

Y los recuerdos han vuelto a mí: esta carta, en cada línea, me abruma de hiel y de amargura, trazando la historia lamentable de nuestra conversión y los tormentos a lo que sin cesar has sido sometido, tú mi único.

Has cumplido perfectamente la promesa que al comienzo hiciste a tu amigo: sus pruebas, en comparación con las tuyas, han de parecerle poca cosa. Después de haber narrado las persecuciones dirigidas contra tí por tus maestros, después del injusto atentado perpetrado contra tu cuerpo, has descrito los execrables celos y el encarnizamiento de tus condiscípulos, Albérico de Reims y Lotulfo el Lombardo. Has expuesto detalladamente los actos de violencia que las maquinaciones desencadenaron contra tu gloriosa obra de teología y contra ti mismo, condenado a una especie de prisión. Pasando luego a las artimañas de tu abad y de tus hermanos perdidos, a las calumnias más graves aún de dos falsos apóstoles excitados contra ti por tus rivales, has evocado el escándalo producido entre el gran público por el renombre inusitado de Paraclet, debido a tu oratoria. En fin, para terminar ese deplorable relato, has hablado de las vejaciones incesantes a que te ha sometido ese perseguidor impío y los monjes viciosos que llamas tus hijos y que todavía hoy te atormentan.

Dudo de que alguien pueda leer y escuchar tu historia sin que las lágrimas afloren a sus ojos. Ella ha renovado mis dolores y la exactitud de cada uno de los detalles que aportas, le devuelven toda su violencia pasada. Mi sufrimiento ha crecido al ver tus pruebas ir siempre en aumento. Henos aquí a todas, reducidas a desesperar de tu vida misma y a guardar, con el corazón tembloroso y el pecho sobresaltado, la noticia de tu asesinato.

Por eso te conjuramos, por el Cristo que en virtud de su propia gloria te protege aún de cierta manera, nosotras, sus humildes servidoras y las tuyas, a que te dignes escribirnos frecuentemente para tenernos al corriente de las tormentas a las que te encuentras aún sometido. Somos las únicas que te restan; nosotras, al menos, participamos de tus sufrimientos y de tus alegrías. Las simpatías, por lo común, proporcionan a quien sufre cierto consuelo; un fardo que pesa sobre muchos es más ligero de llevar. Si la tormenta actual se calma un poco, apresúrate a escribirnos; la noticia nos causará tanta alegría! Pero, sea cual sea el objeto de tus cartas, siempre nos serán dulces, al menos para testimoniar que tú no nos olvidas.

Séneca, en un pasaje de las Cartas a Lucilius, analiza la alegría que se experimenta al recibir una carta de un amigo ausente. "Os agradezco -dice- por escribirme con frecuencia. Vos os mostráis a mí, así, de la única manera que os es posible. Cuando recibo una de vuestras cartas, de inmediato estamos reunidos. Si los retratos de nuestros amigos ausentes nos son queridos, si renuevan su recuerdo y calman, con un vano y engañoso consuelo la tristeza de la ausencia, las cartas son todavía más dulces, pues nos aportan una imagen viviente". Gracias a Dios, ninguno de tus enemigos podrá impedirte entregarnos por este medio tu presencia; ningún obstáculo material se opone a ello. Te lo suplico: ¡que no falten por negligencia!

Le has escrito a tu amigo una carta muy larga, donde, a propósito de sus desgracias, le hablas de las tuyas. Y recordándolas en detalladas, tenías por objeto consolar a tu corresponsal; pero no has agregado poco a nuestra desolación. Procurando aliviar sus heridas, has reavivado las nuestras y has infligido otras. Cúranos, yo te conjuro, el mal que nos has hecho tú mismo, tú que te dedicas a restablecer aquél que otros han causado. Has dado satisfacción a un amigo, a un compañero, has pagado la deuda de la amistad y de la fraternidad. Pero has contraído hacia nosotras una deuda más grande aún; que no se nos llame, en efecto, tus "amigas", tus "compañeras", esos términos no nos convienen; nosotras somos aquéllas que te aman verdaderamente, tus "hijas", ¡qué se emplee, si se encuentra, una expresión más tierna y más sagrada!

Si dudas de la grandeza de la deuda que te obliga hacia nosotras, no nos faltarán pruebas o testimonios para convencerte. Todo el mundo callará: que los hechos hablen por sí mismos. El fundador de nuestro establecimiento, eres tú solo, ante Dios; tú solo el constructor de nuestra capilla, el edificador de nuestra congregación. No has engido nada sobre los cimientos de otros: todo, aquí, es obra tuya. Este desierto, abandonado a los animales salvajes y a los bandidos, no había conocido nunca habitación humana, no había poseído jamás casas. Entre los refugios de las fieras y las cavernas de los ladrones, donde jamás el nombre

Carta de Cloiso a Pedro Abelardo

Traducción: Carmen Ruiz

de Dios había sido invocado, has edificado el tabernáculo divino y dedicado un templo al Espíritu Santo. Para construir esta obra, has rechazado la ayuda de los tesoros reales o principescos, de los cuales hubieras podido extraer poderosos recursos; pero querías sólo lo que venía de ti. Los clérigos y los estudiantes acudieron prestamente a escuchar tus lecciones, proveyendo de todo lo necesario. Aquellos mismos que vivían de beneficios eclesiásticos y que, lejos de distribuir los bienes, no sabían más que recibir, aquéllos cuyas manos no habían sabido más que coger y no dar nada, todos, ante ti, se volvían pródigos y te abrumaban con sus ofrendas.

Te pertenece a ti, verdaderamente a ti, esta plantación nueva que crece en el amor sagrado. Ahora posee tiernos brotes que, para crecer, necesitan riego. Está formado por mujeres; su sexo es débil; su debilidad no se limita sólo a su joven edad. Exige, continuamente, un cultivo atento y cuidados frecuentes, según las palabras del apóstol: "Yo planté, Apolonio regó, Dios hizo crecer". Con su predicación, el apóstol había plantado la Iglesia de Corintio y la había fortificado en la fe con sus enseñanzas. Después, su discípulo Apolonio la había regado con santas exhortaciones, y la gracia divina le concedió la virtud de crecer.

Tú trabajas ahora una viña que no has plantado, cuyo fruto único es la amargura; tus admoniciones resultan estériles y vanas tus conversaciones sagradas. ¡Piensa lo que debes a la tuya, tú que cuidas la de otro! Tú enseñas, sermoneas a los rebeldes y tus esfuerzos son infructuosos. Lanzas en vano a los puercos las perlas de una elocuencia divina. Tú, que te prodigas ante los obstinados, considera aquello que no debes, a nosotras que te somos sumisas. Das con largueza a tus enemigos; medita acerca de lo que debes a tus hijas. Sin pensar en las demás, pesa la deuda que tienes conmigo: quizá cumplirás con más celo los deberes que tienes hacia mí (que sola me dí a ti), que aquéllos que debes a la comunidad de las mujeres piadosas.

Posees una ciencia eminente, yo no tengo más que la humildad de mi ignorancia; conoces, mejor que yo, cuantos tratados escribieron los Padres de la Iglesia para la instrucción, la dirección y el consuelo de las santas mujeres y qué cuidado tuvieron al componerlos. Por eso me sorprende grandemente al ver que desde hace mucho tiempo has olvidado la obra apenas comenzada de nuestra conversión. Ni el respeto a Dios, ni nuestro amor, ni el ejemplo de los Santos Padres pudieron decidirte a sostener, de viva voz o a través de cartas, mi alma agonizante y afligida sin cesar por la tristeza. Y sin embargo, tú sabes qué clase de vínculo nos liga y te obliga, y que el sacramento nupcial te une a mí, de una manera aún más estrecha, por cuanto yo te he amado siempre, ante los ojos del mundo, con un amor sin medida.

Tú sabes, amado mío, y lo saben todos los demás, cuánto he perdido en ti; sabes en qué terribles circunstancias la indignidad de una traición pública me arrancó del siglo al mismo tiempo que tú, y yo sufrí incomparablemente más por la manera en que te perdí que por tu pérdida misma. Cuanto más grande es el objeto del dolor, más grandes deben ser los remedios que lo consuelen. Tú solo, y no otro, tú solo, que eres

la única causa de mi dolor, me podrías ofrecer la gracia del consuelo. Tú solo, que me has entristecido, podrías devolverme la alegría, o al menos aliviar la pena. Tú solo me lo debes, pues ciegamente cumplí todos tus deseos, al punto de que tuve el coraje de perderme a mí misma, a orden tuya, por no poder decidirme a oponerte la menor resistencia. Aún más; mi amor, por un efecto increíble, se volvió tal delirio que se robó a sí mismo, sin esperar recuperarlo nunca, el único objeto de su deseo, el día en que por obedecerte tomé el hábito y acepte cambiar el corazón. Te probé, de ese modo, que tú reinabas como único dueño sobre mi alma, como sobre mi cuerpo. Dios es testigo, nunca he buscado en ti más que a ti mismo. Eras tú únicamente lo que yo deseaba, no lo que te pertenecía o lo que representabas. No esperaba ni matrimonio, ni conveniencias materiales, no pensaba ni en mi placer ni en mis deseos; no traté más que de satisfacer los tuyos. El título de esposa parece más sagrado y más fuerte; sin embargo, el de amiga me ha resultado siempre más dulce. Habría amado, permíteme decirlo, el de concubina y de querida, por cuanto me parecía que al humillarme más, aumentaba mis títulos a tu reconocimiento y dañaba menos la gracia de tu genio.

Tú no lo has olvidado completamente. En la carta de consuelo a tu amigo, has expuesto algunas de las razones que yo invocaba para disuadirte de esta desdichada unión. Sin embargo, has mantenido en silencio la mayor parte de aquéllas que me hacían preferir el amor al matrimonio y la libertad de vínculo. Dios es testigo: si Augusto mismo, el dueño del mundo, se hubiera dignado solicitar mi mano y me hubiera asegurado para

siempre el imperio del universo, yo habría encontrado más dulce y más noble conservar el nombre de cortesana a tu lado que escoger el de emperatriz junto a él. La verdadera grandeza humana no proviene ni de la riqueza ni de la gloria: aquélla, es consecuencia del azar; ésta, de la virtud. La mujer que prefiere desposarse con un rico, antes que con un pobre, se vende a él y ama en su marido más sus bienes que a él mismo. La mujer a quien tal codicia impulsa al matrimonio merece una paga, más que el amor. Ella se vincula menos, en efecto, a un ser humano que a las cosas; si la ocasión se presentara, se prostituiría seguramente a uno más rico aún. Tal es, evidentemente, el pensamiento de la sabia Aspasia, en la conversión que cuenta Esquino, discípulo de Sócrates: habiendo intentado reconciliar a Jenofonte y a su mujer, concluyó su discurso del siguiente modo: "Si vosotros llegarais a convertirlos, uno en el hombre más virtuoso, la otra en la mujer más amable del mundo, tendrías como única ambición, no conocerías más virtuoso deseo que ser el marido de la mejor de las mujeres, la mujer del mejor de los maridos". ¡Piadosa opinión, y más filosófica, dictada por una gran sabiduría, no por las teorías! Piadoso error, bienaventurada mentira, entre esposos, aquélla según la cual un afecto perfecto cree guardar el bien conyugal por el amor del alma más que por la continencia del cuerpo.

Pero aquello que semejante error enseña a otras mujeres, fue una verdad manifiesta quien me lo enseñó a mí. En efecto, lo que ellas pensaban personalmente de sus maridos, yo lo pensaba de ti, seguramente, pero el mundo entero lo pensaba también, lo sabía a ciencia cierta. Mi amor por ti era tanto más verdadero cuanto estaba preservado de un error de juicio. ¿Qué rey, qué filósofo podía igualar tu gloria? ¿Qué país, qué ciudad,

qué villa no aspira a verte? ¿Quién, me lo pregunto, cuando tú aparecías en público, no acudía para mirarte, y cuando te alejabas no te seguía con los ojos, estirando el cuello? ¿Qué mujer casada, qué joven no te deseaba cuando estabas ausente, no ardía cuando estabas allí? ¿Qué reina, qué gran dama no ha envidiado mis alegrías y mi lecho?

Tú poseías dos talentos, entre todos, capaces de seducir enseguida el corazón de una mujer: el de hacer versos y el de cantar. Sabemos perfectamente que son muy raros entre los filósofos. Te permitirían plantear, como jugando, ejercicios filosóficos. Componías, bajo la forma de melodías y de ritmos amorosos, canciones cuya belleza poética y musical conoció el éxito público y difundió universalmente tu nombre. Aún los ignorantes, incapaces de comprender el texto, las retenían, retenían tu nombre gracias a la dulzura de la melodía. Esta era la razón principal del ardor amoroso que las mujeres experimentaban por ti. Y, como la mayoría de esas canciones celebraban nuestros amores, muy pronto mi nombre se expandió en muchos sitios, excitando contra mí los celos femeninos.

¿Qué encantos, en efecto, del espíritu y del cuerpo no embellecían tu juventud? ¿Qué mujer, entonces envidiosa de mí, compartiría hoy la desgracia que me priva de tales delicias? ¿Qué hombre, qué mujer, aún mi peor enemigo, no se acercaría a mí con una justa piedad?

Yo he pecado gravemente, tú lo sabes; sin embargo, de manera inocente. El crimen está en la intención, más que en el acto. La justicia pesa al sentimiento, no el gesto. Pero, ¿cuáles fueron mis intenciones ante ti, ante ti que las experimentaste y las puedes juzgar? Yo remito todo a tu examen, abandono todo a tu testimonio. Dime tan solo, si puedes, por qué, desde nuestra conversión monástica, que decidiste tú solo, me has dejado con tanta negligencia caer en el olvido; por qué me has negado el júbilo de las entrevistas, el consuelo de tus cartas. Dilo, si puedes, o bien yo diré lo que creo saber, lo que todos suponen. Fue la concupiscencia, más que un verdadero afecto, quien te ligó a mí; el gusto del placer más que el amor. Desde el día en que esas voluptuosidades te fueron robadas, todas las ternuras que te había inspirado se desvanecieron.

He aquí, amado mío, la conjetura que hacen todos los que nos conocen. No yo sola. Es menos una suposición personal que un pensamiento general, menos un sentimiento personal que un rumor extendido en el público. ¡Quisiera Dios que fuera falso y que tu amor encontrara contra él buenos defensores! Mi dolor se aliviaría un poco. Quiera Dios que yo pueda encontrar razones que, al excusarte, cubrieran de cierta forma la baja de mi corazón.

Considera, te lo suplico, el objeto de mi súplica. ¡Te parecerá tan mínimo, tan fácil de satisfacer! Dado que me veo frustrada de tu presencia, que por lo menos el afectuoso lenguaje de una carta (las palabras te cuestan tan poco) me devuelva tu dulce imagen. En vano puedo guardar un acto generoso de tu parte, cuando te

nuestras tan avaro de palabras. Yo creía, hasta ahora, haber adquirido algunos méritos a tus ojos, habiéndolo hecho todo por ti, y no perseverando más que para obedecerte. Sólo una orden tuya, y no sentimientos de piedad, me hicieron entregarme, en la primera juventud, a los rigores de la vida monástica. ¡Si por eso no he adquirido un mérito nuevo ante tus ojos, juzga la vanidad de mi sacrificio! No espero recompensa divina, porque no fue el amor a Dios quien me impulsó.

Yo te seguí al claustro, ¿qué digo?, te precedí. Se podría creer que el recuerdo de la mujer de Lot volviéndose hacia atrás te impulsó a hacerme vestir el hábito antes que tú y ligarme a Dios por la profesión antes de hacerlo tú. Lo confieso, esta desconfianza, la única que has demostrado ante mis ojos, me ha hecho sufrir profundamente y me ha cubierto de vergüenza. Dios sabe que, a una palabra tuya, yo te habría seguido sin duda hasta la residencia misma de Vulcano. Mi corazón me ha abandonado, él vive contigo. Sin ti, él no puede estar en ninguna parte. Te lo ruego, ¡haz que esté bien contigo! Lo estará si te halla propicio, si sólo tú le devuelves la ternura por ternura, poco por mucho, palabras por actos. ¡Quisiera Dios, amado mío, que tuviera menos confianza en mi amor y conocieras la inquietud! Pero cuanto más he hecho para reforzar tu sentimiento de seguridad, más he debido sufrir tu negligencia. Recuerda, te lo suplico, lo que he hecho, y considera todo lo que me debes.

Mientras gozaba contigo las voluptuosidades de la carne, pude dudar de mí misma: ¿actuaba así por amor o por simple concupiscencia? Pero hoy el desenlace de esta aventura demuestra cuáles fueron desde el principio mis sentimientos. Me he prohibido todo placer a fin de obedecer tu voluntad. No me he reservado nada, sino me he dado toda a ti. Observa qué iniquidad cometes acordando lo menos a quien merece lo más; rechazando todo, cuando te sería muy fácil darle completamente lo poco que te pide.

En el nombre de Dios mismo al que te has consagrado, te conjuro a devolverme tu presencia, en la medida en que te es posible, enviándome algunas palabras de consuelo. Hazlo por lo menos para que, alimentada por esa ayuda, pueda dedicarme con más celo al servicio divino. Cuando antiguamente me requerías para los placeres temporales, me abrumabas a cartas, tus canciones ponían continuamente en labios de todos el nombre de Heloísa. Las plazas públicas, las casas privadas lo escuchaban. Sería más justo excitarme hoy al amor de Dios que haberlo hecho antes por el amor al placer. Considera, te suplico, la deuda que tienes hacia mí; presta oído a mis ruegos.

Termino con una palabra esta larga carta; adiós, mi único.

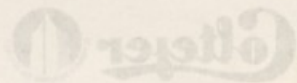


RECONOCIMIENTOS

Agradecemos la colaboración de las siguientes entidades y personal:

- UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
- UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
- Facultad de Diseño
- Profesor CARLOS ARTURO FERNANDEZ
- Decano Facultad de Artes Universidad de Antioquia
- Profesor GONZALO SOTO POSADA
- de las Universidades Nacional y Bolivariana
- Doctora CLARANA INES PUYO
- de la Secretaria Municipal de Educación
- Doctor GABRIEL JAIME MORALES
- Señorita AMPARO VILLA
- ASOCIACION DE EXBECARIOS DE GRAN BRETAÑA
- Periódico EL MUNDO
- Periódico EL COLOMBIANO

El mobiliario de esta obra fue construido en cartón de Papelsa.



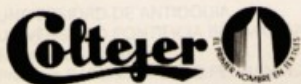
El mobiliario de esta obra fue construido en cartón de Papelsa.

Diseño: Luz Miriam Alvarez y Devis Lee.

papelsa
PAPELES Y CARTONES S.A.

Todo en productos de papelería

El vestuario de esta obra es confeccionado
con telas



Proyecto de la Asociación de Escritores de la Academia
de las Comedias, Dramas y Escenarios
Dada la CLASIFICACIÓN PUNTO
de la Asociación Nacional de Escritores
de las Comedias, Dramas y Escenarios
Sociedad AMPA VILLA
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE GRAN BRITANIA
Punto de EL MUNDO
Punto de EL MUNDO

El material de esta obra fue construido
en cartón de Papeles
Diseño: Los Maestros Alvarez y Davis Ltd

InduPor Ltda.
Todo en productos de Icopor

Papeles
PAPELES Y CARTONES S.A.

Abelardo:

Me sorprendi, oh mi único, al ver, en el encabezamiento de tu carta, mi nombre preceder al tuyo, contrariamente al uso y al orden natural: la mujer seguir al hombre; la esposa, al esposo; la siemiente, a su amo; la monja, al monje y al sacerdote; la diaconesa, al abad. La justicia y las conveniencias exigen que al escribir a superiores o a iguales se coloque su nombre primero; pero al dirigirse a inferiores, se debe respetar el orden de dignidades...

...Se alaba mi castidad, porque se ignora hasta qué punto soy falsa. Se exalta como una virtud la continencia de mi cuerpo, cuando la verdadera continencia se revela más en el espíritu que en la carne. Los hombres me alaban, pero yo no poseo ningún mérito, a los ojos de Dios que sondea las vísceras y los corazones y ante quien nada permanece oculto. Se me considera piadosa, es cierto; pero en nuestros días, la religión no es, para la mayoría, más que hipocresía, y tiene fama de santo quien no ufende los prejuicios del mundo...

Elotsa

DISEÑO:
ESCENOGRAFÍA: LUIS FERNANDO SIERRA
VESTUARIO Y UTILERÍA: LUZ MIRIAM ALVAREZ,
DEVIS LEE

FACULTAD DE DISEÑO
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
DISEÑO DEL AFICHE: CLEMENCIA ECHEVERRÍ

COMITÉ PROMOTOR: THAMER ARANA,
SONNYA MONTERO,
JOSE FERNANDO VELASQUEZ,
MARIO YEPES

ADMINISTRADORA DE LA PRODUCCIÓN: MARIA EUGENIA GIRALDO
PRODUCCIÓN: TEATRO EL TABLADO

Abelardo y Eloisa

Abelardo y Eloisa

CORPORACION TEATRO EL TABLADO
PROFESORES Y ESTUDIANTES DEL PROGRAMA DE TEATRO DE LA
FACULTAD DE ARTES UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

DE
RONALD MILLAR

PEDRO ABELARDO

Presentan:

- VANNES, canónigo de Notre-Dame
- FULBERTO, tío de Eloisa, canónigo de Notre-Dame
- LA BELLE ALYS
- ABADISA DE ARGENTEL
- ROBERT DE MONTBOIS

- José Fernández
- Luz Dary Alzate
- Thelma Aguirre
- Gilberto Amabilis
- Liliana Suarez
- Socorro

ACTO I

Abelardo y Eloisa

de Ronald Millar

- DENISE, hermana de Abelardo
- HUGO, su esposo
- CONAN, obispo de Preboste, Inglaterra
- GEOFFROY DE CHARTEAUX

- ESCIENA 01. Capilla de la Abadía del Párcito, cerca de Troyes, Francia, en 1131.
- ESCIENA 02. Exterior del primer alojamiento de Abelardo en la Capilla de la Abadía del Párcito, cerca de Troyes, Francia, en 1131. Aproximadamente 12 años antes.
- ESCIENA 03. Habitación de Gilles en la residencia de los canónigos de Notre-Dame.
- ESCIENA 04. Exterior de la casa de la bella Alys, frente al primer alojamiento de Abelardo en la Capilla de la Abadía del Párcito, cerca de Troyes, Francia, en 1131.
- ESCIENA 05. El mismo lugar.
- ESCIENA 06. Habitación de Abelardo en casa de Fulbert, Junio.
- ESCIENA 07. El mismo lugar, Julio.
- ESCIENA 08. El mismo lugar, Agosto.
- ESCIENA 09. Habitación de Gilles.
- ESCIENA 10. El convento de Argentel.
- ESCIENA 11. Habitación de Abelardo en casa de Fulbert.
- ESCIENA 12. Habitación de Gilles.
- ESCIENA 13. Habitación de Abelardo en casa de Fulbert.
- ESCIENA 14. Capilla en Notre-Dame.

Traducción del texto y Dirección: Mario Yepes

TEATRO PABLO TOBON URIBE Julio de 1987

- Nora Lila Agudelo
- Fernando Aguirre
- Olivia Berrío
- Hernando Calvo
- Luis Martínez Caro
- Hector Hernán Molina
- Luis Esteban Moreno

- Enrique Alzate
- Enrique Alzate
- Enrique Alzate

ACTO II

RONALD MILLAR

El autor de esta obra ha escrito muchas piezas teatrales exitosas, entre ellas FRIEDA, WAITING FOR GILLIAN, THE BRIGE AND THE BACHELOR, THE BRIGE COMES BACK, THE AFFAIR, THE NEW MEN Y THE MASTERS. Así mismo, escribió el libreto y las canciones para el "musical" ROBERT AND ELIZABETH que estuvo largo tiempo en cartelera en el Lyric Theatre. El señor Millar es el autor de numerosos guiones cinematográficos realizados tanto en Londres como en Hollywood. Recibió su educación en Charterhouse y en Kings College, Cambridge.

Abelardo y Eloisa

DE
RONALD MILLAR

ACTO I

- ESCENA 01. Capilla de la Abadía del Paráclito, cerca de Troyes, Francia, en 1.131.
ESCENA 02. Exterior del primer alojamiento de Abelardo en París, frente a la casa de la Bella Alys. Aproximadamente 15 años antes.
ESCENA 03. Habitación de Gilles en la residencia de los canónigos de Notre-Dame.
ESCENA 04. Exterior de la casa de la bella Alys, frente al primer alojamiento de Abelardo en París.
ESCENA 05. El mismo lugar.
ESCENA 06. Habitación de Abelardo en casa de Fulbert. Junio.
ESCENA 07. El mismo lugar. Julio.
ESCENA 08. El mismo lugar. Agosto.
ESCENA 09. Habitación de Gilles.
ESCENA 10. El convento de Argenteuil.
ESCENA 11. Habitación de Abelardo en casa de Fulbert.
ESCENA 12. Habitación de Gilles.
ESCENA 13. Habitación de Abelardo en casa de Fulbert.
ESCENA 14. Capilla en Notre-Dame.

ACTO II

- ESCENA 1. Exterior de la casa campestre en la heredad de Le Palais, Bretaña.
ESCENA 2. El claustro de Notre-Dame.
ESCENA 3. La cripta de la capilla de Saint Aignan.
ESCENA 4. El primer alojamiento de Abelardo en París.
ESCENA 5. El convento de Argenteuil.
ESCENAS 6,7,8, Y 9. Calle donde están situadas la casa de la Bella Alys y el primer alojamiento de Abelardo en París.
ESCENAS 10 y 11. Escenas simultáneas. Primer alojamiento de Abelardo en París y habitación de la Abadesa en el convento de Argenteuil.
ESCENA 12. La Capilla en el convento de Argenteuil.
ESCENA EXTRA NO. 12 A: El Concilio de Soissons. (Escrita por Mario Yepes).
ESCENA 13. La Capilla de la Abadía del Paráclito (continúa la Primera Escena del Acto I).

Abelardo y Eloisa

REPARTO

PEDRO ABELARDO

ELOISA

GILLES DE VANNES, canónigo de Notre-Dame

FULBERTO, tío de Eloisa, canónigo de Notre-Dame

LA BELLE ALYS

ABADESA DE ARGENTEUIL

ROBERT DE MONTBOISSIER, discípulo de Abelardo

ALBERICO DE RHEIMS, teólogo

BERNARDO DE CLAIRVAUX, Abad

HERMANA GODRIC

GUIBERT, criado de Abelardo

JEHAN, criado de Gilles de Vannes

DENISE, hermana de Abelardo

HUGO, su esposo

CONAN, obispo de Preneste, legado papal

GEOFFROY DE CHARTRES, teólogo

José Fernando Velásquez

Luz Dary Alzate

Thamer Arana

Gilberto Amariles

Liliana Suárez

Sonnys Montero

Luis Carlos Patiño

Luis Carlos Medina

Carlos Arturo Boliyar

Marleny Carvajal

Reil Aválos

Hugo Serna

Marleny Carvajal

Héctor Hernán Molina

Ernesto Aguilar

Hernando Caro

ESTUDIANTES, ENCAPUCHADOS, PROSTITUTAS, MONJES Y MONJAS:

Nora Lía Agudelo

Ernesto Aguilar

Gloria Berrío

Hernando Caro

Luis Manuel Caro

Héctor Hernán Molina

Lía Ester Moreno

Luz Stella Muñoz

Roberto Ospina

Lilian Pulgarín

Juan Ramírez

Angela Sánchez

Jorge Suárez

Dirección: Mario Yepes

ASESORES MUSICALES: Haydee Marín, Ana María Henao, Darío Rojas

CORO: Amparo Alvarez, Oscar Benítez, Beatriz García, Ana María Henao, Sol Beatriz Hurtado, Jorge Mendoza, Luis Fernando Pabón, Alejandro Tobón, Miguel de Zubiría.

DISEÑO DE LA PRODUCCION

Los actores y el director de esta obra expresamos nuestro especial reconocimiento a la FACULTAD DE DISEÑO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA. Un primer diseño integral de toda la producción fue realizado por el Módulo de Escenografía, integrado por alumnos de diversos niveles del Programa, en el primer semestre de 1986.

DECANO: Fabio Antonio Ramírez

PROFESORES: Horacio Fernández, Jorge Mario Gómez

ESTUDIANTES: Gloria Agudelo, Luz Miriam Alvarez, Irma Bettín, Juan D. Ceballos, Devis Lee, Juan Fernando Moncada, Osvaldo Quirós, Jorge Rincón, Fernando Sierra, Patricia Suárez, Liliana Torres.

Un diseño final, obligado por los ajustes que se hicieron al retomar el montaje en 1987, fue realizado por las siguientes personas, integrantes del grupo inicial, a quienes expresamos nuestra gratitud.

ESCENOGRAFIA: Fernando Sierra

VESTUARIO Y UTILERIA: Luz Miriam Alvarez y Devis Lee

DISEÑO DE AFICHE: Clemencia Echeverri, profesora de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia.

ADMINISTRADORA DE LA PRODUCCION: María Eugenia Giraldo

COMUNICACIONES: Gloria Berrio

FOTOGRAFIA: Fernando Fergusson

CONSTRUCCION DE ESCENOGRAFIA: Fernando Sierra, Alfonso Maya, José Osorio, Luis Sánchez, Luisa Margarita Henao.

CONFECCION DE VESTUARIO: Soledad González R., Devis Lee

UTILERIA (Construcción de Mobiliario en cartón y Consecución de Objetos): Uriel Ospina, Ramón Figueroa, Martín Rodríguez, Héctor Hernán Molina, Lía Ester Moreno, Luz Stella Muñoz, María Victoria Bolívar, Luz Miriam Alvarez

ILUMINACION: Clara Inés Lopera, Claudia Gallego, Raúl Aválos, Wilson García.

MAQUILLAJE Y PEINADOS: Luz Elvira Ocampo. **TRAMOYA:** Actores.

PERSONAL DEL TEATRO: Hernando Zapata, Alfredo Carranza.

COMITE PROMOTOR DE LA PRODUCCION: Thamer Arana, Sonnya Montero, José Fernando Velásquez, Mario Yepes.

PRODUCCION: Corporación TEATRO EL TABLADO.

ACLARACION INDISPENSABLE

Nos hemos enfrentado a este montaje con la claridad de saber que esta obra es una excelente propuesta dramática. Ronald Millar ha indagado cuidadosamente y producido un texto que tiene la virtud de los mejores escritos para el escenario: de lo mucho que hay por decir ha dicho lo esencial. Combinando ficción y documento, (es Teatro, no historiografía!), Millar es, finalmente, leal a la Historia. Sin embargo, hemos ejercido a plenitud el derecho de la libertad en la puesta en escena, cuando reescribimos la obra en el escenario y cuando hemos agregado una escena que en la secuencia es el número 12 A del Segundo Acto.

Se trata de dos momentos de la Historia a los que Millar alude pero no propone representar: el Concilio de Soissons y su complemento, el de Sens; los hemos condensado con otros episodios que, como los anteriores, narra el propio Abelardo en su "Historia Calamitatum": Los numerosos atentados que ya no sólo contra su libertad de pensamiento, sino contra su vida y su integridad fraguaron sus enemigos, tanto en el primero de los Concilios mencionados como en otros lugares y momentos.

Por qué hacemos esto? No le hace falta ese capítulo al texto de Millar para ser representado en Inglaterra ó en cualquier democracia liberal, aún bajo regímenes conservadores. Pero en Medellín, Colombia., 13 años antes del siglo 21, bajo un régimen liberal (?), incluso en una Universidad que se llama a sí misma liberal, ó en instituciones estatales, con neoliberales que por todas partes proclaman su amor a la cultura y a la libertad, pero unidos a la larga o a la corta con la más ignorante reacción para producir la censura más burda, aquí y ahora, digo, es indispensable contar y representar en detalle cómo han operado los inquisidores de todos los hábitos y pelambres, desde el siglo XII. En el caso de que Usted, discreto espectador, aún no lo sepa, le cuento que la representación de esta obra fue prohibida por la Junta Directiva de Medellín Cultural y del Teatro Metropolitano, y Censurada por la Junta del Teatro de la Universidad de Medellín, presidida en esa ocasión por el propio Rector.

Mario Yepes

SOBRE *Abelardo y Eloísa*

Por: Mario Yepes

Las figuras de Pedro Abelardo y de Eloísa tienen hoy, casi nueve siglos después de su tragedia, un atractivo singular. De un pasado tan remoto acostumbramos a reconocer, como de otros pasados, lo que llamamos "clásico": el Arte, la Literatura, los productos de la cultura más auténtica, en suma "la obra". En el caso de Abelardo el teólogo, el filósofo, el músico, es muy poco lo que nos llega de su obra consignada en escritos sobre tales disciplinas, y de muy escaso interés para quien busca sólo enriquecer su conocimiento del personaje histórico, en función del personaje teatral. Entonces lo que seduce de él es su vida misma y de sus escritos el que más interesa es el que la relata: la "Historia Calamitatum", narrada en el lenguaje más llano y desprovisto de retórica, nos muestra al hombre que va construyendo su vida como una obra. Situado en el presente en el cual empieza a relatar, después de la mutilación infamante, alejado ya de Eloísa por la condición religiosa de ambos, Abelardo mira su pasado como el intento fallido de estructuración de sí mismo en un ser sin paralelo posible en este mundo. Que fuera grato a los ojos de Dios no le importaba tanto como su propia satisfacción, alimentada por el aplauso generoso de sus discípulos y por la envidia de sus rivales. Después de la caída estrepitosa, Abelardo ya vive sólo para dos propósitos: alcanzar la santidad y predicar "la fe de la razón". Desde entonces, se ve a sí mismo como distanciado: como a un personaje que va moldeando con gran dificultad. Un Santo y al mismo tiempo un gran maestro de la lógica es un personaje bien difícil de caracterizar: los obstáculos son el orgullo del éxito real que va alcanzando en la cátedra y el odio con el que devuelve odio de sus enemigos. Perseguido con saña, víctima de numerosos atentados incluso por parte de sus propios monjes, acosado por las condenas teológicas, Abelardo se va refugiando cada vez más en una humildad y en una pequeñez que no son más que disfraces, embozos para ocultar la soberbia identidad y así sobrevivir, pero siempre fue un cuerpo extraño en el organismo de la iglesia que lo rechazaba sin cesar. La frustración y la amargura y una paranoia delirante serán características de Abelardo desde su edad media hasta su muerte.

Es precisamente en ese momento cuando se ve cuánta razón había tenido Eloísa en el pasado. Apenas empezaba su relación amorosa; él tenía 37 años y ella 17. Acosado por el escándalo, por el temor a la ira de Fulberto (el tío de Eloísa) y por la inminente llegada del hijo, Abelardo le pidió a Eloísa que se casaran. Ella se negó rotundamente. Le advirtió que eso no conjuraría las amenazas del viejo canónigo y que, por otro lado, el matrimonio le cerraría las puertas y el ascenso en la jerarquía de la Iglesia, es decir, en la institución que había creado y que sostenía las "Escuelas", las nacientes Universidades. A la larga fueron los equívocos y las torpezas cometidas por ambos y la furiosa venganza de Fulberto lo que desencadenaría la separación, la muerte en vida. Pero la percepción de Eloísa era correcta: ella vela en su amante a un eclesiástico en trance

de plena realización como maestro de las Escuelas, carrera que sólo podía cumplirse si el aspirante se atenía a todas las reglas del juego de la Iglesia. La regla principal era celibato formal. Que no fuera real, a nadie le importaba pero había que guardar las apariencias. Eloísa estaba dispuesta a ser considerada la amante y no la esposa de Abelardo, con tal de que éste ascendiera como Maestro y como clérigo. Ella estaba en excelente posición para comprenderlo: sobrina de un canónigo de Notre Dame; conocía el sistema en toda su complejidad, su riesgo y su crueldad. Además, era un caso insular: era ilustrada, y lo sería mucho más después de recibir la instrucción de Abelardo.

Cuando Abelardo cae, mutilado y herido en su reputación, Eloísa ya no tiene más remedio que continuar la vida religiosa que había tomado como refugio temporal. Eventualmente, también será perseguida por el mismo Abad Suger de Saint Denis con el cual tantas contradicciones tuvo Abelardo. Este la socorre y esa coyuntura servirá para restablecer un diálogo interrumpido muchos años.

Entonces empiezan las Cartas. Hasta ahora, Eloísa sólo ha existido por la noticia que de ella nos han dado su amante y sus contemporáneos. Pero a partir de las Cartas, ella se manifiesta desbordadamente. Mantiene una correspondencia sorprendente: responde cortés y comprensiva a los temas que impone Abelardo: los ataques de que es objeto, las preocupaciones de su ministerio como Abad, el afán de santidad. Pero simultáneamente, y ya que no es posible de otro modo -no recibe respuesta-, Eloísa establece un monólogo paralelo: la manifestación abierta, dolorosa, apasionada, erótica, del amor que no sólo no ha muerto sino que es cada vez más grande y vivo.

Sin embargo le habla de un deseo carnal alimentado por la memoria, deseo que no quiere y no puede sofocar. Eloísa llama al amante, ya imposible, su Único, denominación reservada a Dios en el lenguaje común de la Iglesia. Todo lo que ha sucedido en los últimos años desde el rompimiento brutal de su relación con Abelardo, ella lo comprende, pero no acepta, ni perdona ni olvida. Se ha sometido al nuevo papel que le corresponde, y se desempeña cabalmente como Abadesa, pero ese oficio lo toma sólo como la rutina que se le ha impuesto: ya no cabe en el mundo exterior, si es que se puede hablar de algún espacio en el cual no se halle la presencia de la Iglesia en la Edad Media.

Ambos amantes son seres excepcionales en la sociedad del siglo XII. Ella es una mujer letrada que cita por igual a Virgilio ó a San Agustín. En un mundo - el apenas incipiente del burgo medieval-, que era por sobre todo un mundo masculino, era extraño que alguien fuera instruido. Una mujer, ya era escandaloso. Abelardo, por su parte, es el heredero de un insólito señor feudal que, al igual que su esposa, entra en religión para culminar la vida. Antes, ese padre ha enfrentado el problema de sus herederos. Abelardo renuncia a ser armado caballero cuando tiene 15 años y decide orientar su vida por otra caballería andante: la del saber. Un hermano será quien ostente el título de Señor de Le Palais (ó Pallet) y una hermana se queda también en el feudo; allí acogerá más tarde a los amantes que escapan de París y se convierte en la madre adoptiva de Astrolabio, el hijo de Abelardo y Eloísa.

Eloísa es excepcional cuando no acepta ni siquiera de su amante la idea de que el matrimonio pudiera ser el camino más indicado y correcto para lograr la felicidad de los dos. Ella lo rechaza con todas sus fuerzas y solamente lo acepta cuando Abelardo, engañado por la falsa buena fe de Fulberto y temeroso de una mala reputación, le impone la solución de un matrimonio que debió ser secreto y que nunca lo fué.
